

EL PROFESIONAL DE LA EDUCACION EN UN MUNDO GLOBALIZADO

Carlos José Galli

Carlos José Galli

Es Abogado por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como Secretario Ejecutivo de la Junta Coordinadora de Asociaciones de Enseñanza Privada de la República Argentina. Ha ejercido la docencia secundaria y superior durante más de dos décadas y ha cumplido funciones en distintos organismos oficiales e internacionales.

Mucho agradezco a la Academia Nacional de Educación su invitación que me permite efectuar este aporte con una visión *no profesional*, sino más bien *vivencial* y desde esta perspectiva histórica sobre la problemática que hoy nos preocupa.

Algunas disquisiciones sobre la globalización

No voy a insistir en definir o precisar el concepto de globalización que ya es por todos conocido. Solo efectuaré cuatro observaciones que me parecen oportunas:

1) Que el fenómeno lleva más de treinta años, lapso en el cual cada vez se presenta con mayor intensidad. Desde la muerte de Kennedy, por señalar un hito, o desde la llegada del hombre a la Luna, ya todo se nos aparece con una contundencia espeluznante en el mismo momento en que sucede. Es la consecuencia del «fenómeno de la inmediatez», tal como lo expresa magistralmente Víctor Massuh en un artículo publicado en el diario *La Nación* del domingo 21 de septiembre pasado, describiéndola como «la abolición de la distancia» por obra de la comunicación y de los prodigios de la electrónica. Sus consecuencias ya habían sido advertidas por Jean Piaget en 1963, cuando escribió que «la realidad social contemporánea constituye algo nuevo si se la compara con el pasado de la humanidad. Todos los hechos importantes que se producen en cada una de las sociedades internacionales toma inmediatamente un carácter universal y repercuten sobre el mundo entero». Lo que supone que cada hombre, cada comunidad familiar, cada comunidad local serán bombardeadas permanente e instantáneamente por todo el acontecimiento planetario.

2) Que la globalización es un fenómeno total que abarca a toda y cada una de las manifestaciones del hombre, no solo en el campo de la economía y las finanzas - sector ya totalmente globalizado - , en el campo de la política o en el mundo del conocimiento, sino también en lo más interior y profundo de la naturaleza humana, es decir, en nuestra sensibilidad y en nuestros afectos. Las recientes eclosiones mediáticas que abarcaron a millones de seres humanos conmovidos por la desaparición de Lady Di, el tránsito de la Madre Teresa de Calcuta, o el casamiento de la Infanta de España, así nos lo indican. En este nuevo mundo, todo lo bueno, que es lo que más conviene a nuestra naturaleza - según la definición clásica - , y todo lo malo, que es aquello que no le conviene, imponen su presencia. Como se a expresado en un editorial de la revista *Criterio* (N° 2.169), de la que recogí la cita de Piaget, «bienes, capitales, gente, conocimiento, imágenes, comunicaciones, pero también el crimen, la cultura, la polución, las drogas, la moda, y las creencias fluyen a través de las fronteras territoriales. Redes transnacionales, movimiento de poblaciones, relaciones infinitas atrapan o conmueven todas las áreas de la actividad humana».

De aquel conjunto de hallazgos y de dificultades me permito señalar solamente cuánto puede influir positivamente la globalización para entender al hombre y a sus culturas. Y cómo puede, el mismo proceso, actuar negativamente en desmedro de tales culturas, destruyéndolas solapadamente o diluyendo los vínculos espirituales, personales, sociales y comunitarios que dan sentido a la vida de cada uno y a su propio destino.

3) Que la competencia es una consecuencia de la globalización. De la inmediatez del conocimiento de la realidad de los otros a la necesidad de una competencia por ser mejores, más eficientes y - ¿por qué no? - más buenos, hay un solo paso.

Para que ella funcione no se advierte otro camino que el de la especialización de las profesiones, unida a una mayor formación cultural. general. Esto supone un gran logro, pero también el gran riesgo de la competencia. Los peligros aparecen cuando se rebasan los límites éticos y se desconocen las virtudes esenciales del espíritu humano, tales como la solidaridad, la concordia, la tolerancia y el respeto por la dignidad del otro.

Pero el problema todavía es más vasto y la dicotomía señalada, es aún más profunda. Porque, al menos por ahora, no todos los hombres pueden actuar en legítima competencia y, mucho menos, los jóvenes. Diferencias sociales, culturales y económicas impiden a muchos gozar de los beneficios que otros reciben. Lo acabamos de ver con dos experiencias que nos han tocado muy de cerca y nos han llenado de orgullo: la de algunos chicos argentinos que han intervenido brillantemente en las olimpiadas matemáticas mundiales y la de solo cuatro argentinos que pudieron llegar y ganar en Tokio una competencia intensiva de marketing. ¿Y todos los otros? ¿Cuántos podrían competir como ellos y cuántos no? Esta, lamentablemente, es una realidad que vivimos todos los días. Porque por mucho tiempo aún habrá hombres que posean, utilicen y gocen de los bienes y servicios más sofisticados y otros que no los tengan. Los primeros vivirán en una creciente riqueza cultural y económica, y los otros se debatirán en la pobreza, en la ignorancia o en la pasividad que, tarde o temprano, los llevará a tales extremos.

Ya lo ha dicho crudamente Mary Anne Glendon, docente de Derecho de Harvard (*La Nación*, domingo 5 de octubre de 1997, p. 6), al advertir sobre «el surgimiento de una elite mundial emergente, especialmente urbana e interconectada de distintas formas que además está acumulando dinero y poder mientras más de la mitad de la población mundial queda excluida».

4) Que una oposición similar se da en las sociedades nacionales y aun en los estados. Cuanto más se globalizan las naciones ricas y emergentes, el mundo se fragmenta cada vez más. Es como si cada grupo humano, ante el peligro de diluirse, quisiese afirmarse en su propia debilidad, en su propia cultura y según su propia autonomía.

Puede suponerse, así, que las federaciones nacionales y el surgimiento de los mercados comunes - tales como nuestro MERCOSUR, prefigurante de la posible y futura unidad de América latina - son intentos de mantener o de coadyuvar a sostener la propia identidad, para defenderse de los peligros de una globalización extrema, asumiendo colectivamente riesgos y peligros igualmente advertidos y que, seguramente, serán compartidos y solucionados en común.

Ubicación del profesional de la educación en el nuevo contexto

Decía Chesterton, en uno de sus inigualables ensayos, que el hombre es así como la «estatua de Dios posada en el Jardín del mundo». Claro que sin sus atributos. Parecería que desde esa estatua el hombre debería ver todo y discernir qué es lo que le conviene, qué es lo que debería hacer, cómo podría optar frente a todo lo que vislumbra o prevé.

«Nunca como hoy - decía ya hace muchos años un presidente de los Estados Unidos, y su expresión vale para esta época y también para el futuro - , jamás el hombre ha tenido a su disposición tal cantidad de bienes y servicios. » El problema consiste en cómo mejor usarlos y cómo distribuirlos equitativamente.

Con razón, Juan XXIII redefinió al bien común como el goce del conjunto de todos los bienes que dejan libre el camino del hombre a su propia perfección. Y es, precisamente, a este objetivo al que debe apuntar el profesional de la educación en un mundo globalizado,

respondiendo positivamente a lo que ese mundo le exige, pero también - porque fundamentalmente el docente es formador de hombres - conociendo qué es lo que los hombres a ese mundo le demandan.

La formación del docente

Desde aquella perspectiva, deberían examinarse los graves problemas actuales de la formación docente, así como las patentes imperfecciones y omisiones advertidas en muchos programas académicos, las que todavía les impiden ubicarse en aquellas circunstancias y poder satisfacer los requerimientos enunciados.

En tal orden de ideas, cabe señalar que el docente estará obligado a comunicarse en los idiomas vigentes en el mundo y en la región en la que tendrá que vivir, y a utilizar perfectamente la tecnología más apropiada para poder adquirir un conocimiento pleno de los saberes transmitidos por los medios.

Precisamente en *La Nación* del lunes último se cita una afirmación del profesor Roberto Aparici - un argentino que trabaja en la Universidad Nacional de Educación a Distancia de España - que considero oportunísima. Dice allí:

Ya no es suficiente saber leer y escribir códigos lingüísticos para comprender la realidad, el que no tenga los instrumentos para decodificar los mensajes de los medios puede llegar a ser identificado como un nuevo tipo de analfabeto,

Por otra parte, creo que en la enseñanza del mundo globalizado ha quedado definitivamente sepultado el concepto de asignatura, tal como nosotros lo aprendimos y así lo enseñamos durante muchos años. Porque ya no es posible recortarle al alumno que viaja por Internet solamente lo que el maestro piensa que es lo más útil, lo más importante o lo que más conviene a su madurez. El niño y el joven de hoy, con medios tecnológicos a su disposición, están en condiciones de aprehender los conocimientos científicos aun en forma más intensa y mucho más rápido que sus educadores. Lo que obliga al docente a saber cada vez más.

Me viene a la memoria una anécdota de un hijo mío que a los 10 años, durante la Guerra de Vietnam, se divertía preguntando - porque él lo había sabido a través de la televisión - si Hanoi quedaba al norte o al sur de Saigón, pregunta casi esotérica y siempre sin respuesta para todas sus maestras de la escuela primaria. O sea, el problema no es de ahora, se arrastra desde hace más de un cuarto de siglo y se ha profundizado geoméricamente, mientras se ha demorado la auténtica reforma de la formación docente. La especialización, a la que me he referido como una consecuencia inmediata de la globalización, obliga indudablemente a que los docentes adquieran nuevas funciones, a riesgo de que ocurra lo que había previsto *Gozzer* hace ya 30 años: que la profesión docente iba indefectiblemente a dividirse entre una minoría poderosa que dirigiera y llevara adelante el sistema y una gran masa debilitada por su falta de conocimientos técnicos y solo atada al pupitre de la clase.

Lamentablemente, hoy están ausentes en nuestros institutos de formación disciplinas tales como estadística, evaluación, comunicaciones, relaciones humanas, técnicas de estudio, planificación y conducción. Y en muy pocos casos las especialidades científicas y técnicas se tratan y se imparten según los avances de cada disciplina y con los medios que su conocimiento exige. Se conocen pocas experiencias permanentes que estimulen la creatividad del futuro docente para que este sea, a su vez, un factor eficiente del

desarrollo de la creatividad de sus educandos. He visto con beneplácito que casi todas esas cuestiones, están explícitamente formuladas en los nuevos documentos elaborados por el Ministerio de Cultura y Educación relativos a la transformación de la formación docente, en razón de la acreditación que se exigirá a los institutos terciarios de formación y a su necesaria articulación con las universidades, en cumplimiento de la normativa vigente.

Sabemos que tanto caudal de conocimientos y de experiencias necesitará, además del término curricular, de un permanente reciclaje y perfeccionamiento. Estos se tornan imprescindibles para poder acercar tales contenidos al conjunto de los docentes en actividad que nunca los han podido adquirir y que, por una multiplicidad de factores vitales, no podrán acceder fácilmente a licenciaturas y cursos de posgrado.

En la Junta Coordinadora de Asociaciones de la Enseñanza Privada de la República Argentina (COORDIEP) pensamos que una empresa de tal magnitud no puede darse solamente *desde* el sistema *hacia* cada docente. Y que debe ser cada unidad escolar la que, con ayuda del sistema, pueda organizar el perfeccionamiento de sus propios docentes con todos los medios a su alcance.

No parece aventurado suponer, por ejemplo, que todos los maestros de cada establecimiento se distribuyan las funciones para coordinar actividades conjuntas de perfeccionamiento en aquellas disciplinas o actividades señaladas anteriormente, que podrían, a su vez, transmitir las a los demás, conformando innumerables y espontáneas redes intercambiables, así como ocurre con las complejas estructuras de la interacción social propias de la naturaleza humana.

La responsabilidad del docente

Todo lo dicho anteriormente valga como una fugaz aproximación para responder a la primera cuestión enunciada: sobre aquello que el mundo globalizado le exige al docente contemporáneo.

Pero allí no terminan las cuestiones porque entiendo que tampoco la formación actual del docente tiende a capacitarlo para dar al joven contemporáneo todo lo que - además de los conocimientos científicos - necesita y exige, aun sin tener conciencia de sus propias demandas.

Porque ocurre - y sigo aquel texto de Piaget - que «el hombre no se ha adaptado todavía psicológicamente al nuevo estado social ni ha encontrado el instrumento intelectual ni la actitud moral que permitirá dominar a aquellos fenómenos por la voluntad y por el corazón». Y en este sentido, como hace poco lo recordaba el doctor José Luis de Imaz, todos tenemos una gravísima responsabilidad - una asignatura pendiente que nadie ha rendido - que es la de analizar, profundizar y encontrar soluciones válidas para que nuestra docencia esté en condiciones favorables de preservar y defender nuestra identidad nacional y regional frente a las influencias mundiales, que indudablemente impactan en el alma de cada argentino.

Aquí entran en juego todas las transversalidades, el sistema de creencias encarnadas y vividas según la concepción orteguiana, la transmisión de los valores propios y el rechazo de los contravalores. O, al menos, aquellos que Ernesto Sábato definió alguna vez como «virtudes y defectos de los argentinos».

Me animo a decir que tampoco le hemos dado - ni le damos - a nuestros futuros docentes las armas suficientes para contener y sostener a aquellos chicos que en el misterioso reparto de la voluntad, la inteligencia o de la riqueza han quedado rezagados, para poder

llevarlos a estadios aceptables y compatibles con su dignidad humana, Me refiero a aquella parte del currículum que nunca ha sido suficientemente abordada: la de la formación de la afectividad y la de la educación del corazón. Reclamo, este, que no surge solamente de los problemas de los marginados, sino también de la juventud de las sociedades emergentes.

¿Cómo hacer entonces para que los docentes en estos tiempos tan difíciles puedan conducir y animar a nuestros jóvenes por sobre las influencias mediáticas, para que sepan desbrozar la paja del trigo y apartar las malezas que confunden su propio destino? Sobre el particular me ha impactado un ensayo publicado por la docente Silvia Di Sansa de Fernández, en *Criterio* (Nº 2.165), quien al indagar sobre la ética de los vínculos en la educación intenta pautar - repensándolo - un modo de aproximación a esta juventud de la posmodernidad, promoviendo fundamentalmente el respeto por el otro, aunque fuese el más inculto o el más necesitado de afecto, el menos dotado o el confundido. Señala cinco pautas importantes:

- 1) *Acompañar al alumno en la configuración de su proyecto*, estimulándolo ante sus logros y consolándolo ante sus fracasos.
- 2) *Pensar el vínculo con el alumno en términos de felicidad*, lo cual implica reunir el deseo con el esfuerzo y el placer con el dolor, contribuyendo a que el otro sea feliz.
- 3) *Construir una normativa justa*, en un sabio equilibrio entre lo que es propio y lo que es común.
- 4) *Cuidar el lugar de donde se habla*, porque habrá que aproximarse, pero ser distinto para evitar tanto la fascinación que no permite crecer, como la violencia que supone toda simulación.
- 5) *Utilizar un diálogo competitivo* para nominar de alguna manera un intercambio que, si no debe ser complaciente, tampoco podrá desentenderse del otro, contraponiendo los propios principios a través de la palabra para encontrar la mejor solución.

Parece claro que en el discurso nos hemos ido bastante lejos porque aquello que nos indica la ensayista ya no es saber sino *sabiduría*. Pero ¿a qué menos de eso pueden aspirar los docentes conscientes su propio rol y de la misión que se les impone en este mundo globalizado.

A modo de conclusión

Creo que la suerte está echada: o así formamos (o contribuimos a nuestra docencia futura y así se repiensa la función de la formar) a docencia actual, o nuestra sociedad fracasa. Apuesto a la inteligencia, a la plasticidad y al espíritu de sacrificio de nuestros profesores y maestros. Por ello un profundo optimismo me lleva a pensar que lo aquí propuesto podrá realizarse. Y que, en el mundo de la globalización, un docente de tal valía - que maneje los instrumentos comunicacionales, de buena cultura, especializado en sus diversos roles, que sepa inculcar y defender nuestros valores, con suficiente creatividad para no temerle a la sana competencia y que pueda contener y mitigar las angustias del joven contemporáneo tendrá un lugar destacado. Será un auténtico profesional de la educación.

Se lo necesitará más que nunca porque ningún *software* ni ninguna realidad virtual podrán proporcionar, junto con el acceso a los conocimientos, el afecto que él podrá dar. Volverá

a tener el prestigio perdido, como lo tenían las maestras de nuestra infancia en el seno de la sociedad en que se desempeñaban. Y habrá obtenido la recompensa social, hoy injustamente demorada.